



Hugo Miller Un hombre bueno

Si tuviera que calificar a Hugo con un solo adjetivo, más que un académico, más que un erudito, más que un maestro, más que un intelectual, más que un artista... diría que era un hombre bueno.

Detrás de esa máscara de persona adusta, seria, con sus anteojos de gruesos cristales, asomaba una mirada tierna y con un brillo en sus pupilas que reflejaban su gran y *británico* sentido del humor.

Se nos fue Hugo y deja un gran vacío, en Liliana, su esposa, con quien estuvo casado por 34 años, actriz igual que sus hijas Vanessa y Moira, a quienes dirigió en muchas obras, y Daniela, fotógrafa, que con su cámara plasmaba los diversos montajes de textos traducidos y adaptados por él. En sus nietos con los cuales *chocheaba*, especialmente Damián...*Por fin otro hombre en la familia* ...familia unida, en la cual Liliana es la perfecta *nona* italiana y Hugo, a pesar de su flemma inglesa, se fue contagiando con el espíritu mediterráneo de sus mujeres. Vacío que también sienten quienes fuimos sus amigos, sus discípulos, sus colegas de teatro y televisión, en la Universidad Católica y muy especialmente en sus Escuelas de Periodismo y Teatro, como también en la Escuela de Locutores de la cual fue fundador, desempeñándose como director y profesor.

Era una persona ávida del saber, un estudioso abarcando desde la filosofía hasta la sastrería y la peluquería... *si se es actor hay que saber de todo, desde cómo se corta una chaqueta hasta cómo se corta el pelo...* decía con su tono cortante y su mirada pícaro. Además, era calígrafo, fotógrafo, cocinero, excelente gourmet,

gozaba con la buena comida, buen anfitrión, sociable y a la vez ermitaño, refugiándose en su parcela de San José de Maipo.

Una persona abierta a todo lo nuevo, pionero de la televisión en Chile, cuando ésta dio sus primeros pasos en nuestro país, a comienzos de la década de los 60, creando el área dramática del Canal 13 de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sería innumerable contabilizar la cantidad de teleteatros, antologías del cuento, históricos, la serie **El Litre** etc., que dirigió. Inexplicablemente, un día recibió *el pago de Chile* y fue alejado de lo que formó con tanta visión de futuro. No supieron valorarlo o tal vez, por miedo a sus capacidades, triunfó la mediocridad sobre el talento. Creo que ese fue uno de los grandes dolores de Hugo, que posiblemente repercutió en ese corazón abierto y generoso y pudo haber sido el origen de su enfermedad, que supo llevar por tanto años con una fortaleza y espíritu de lucha realmente admirables.

Su gran amor fue el teatro. Realizó sus estudios en el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, pero muy luego se trasladó a la Universidad Católica como profesor y posteriormente, Director de la Academia del Teatro de Ensayo. De ese grupo de profesores nació la Escuela de Artes de la Comunicación, EAC, pionera en la formación de actores y directores de cine y televisión, una escuela que marcó un hito en la historia de esta universidad y que, desgraciadamente, por razones políticas y falta de visión de futuro, fue poco a poco siendo desmembrada. Primero, terminó el Departamento de Cine, luego el de Televisión, quedando solamente la Escuela de Teatro.



Jorge Alvarez, con el director Hugo Miller, en *Siete años de castidad* (1955).

Hugo, como profesor titular de esta casa de estudios, pasó a integrar el cuerpo de profesores de la Escuela de Periodismo, en la que aportó sus vastos conocimientos, dedicación y sentido común, siendo admirado, querido y respetado tanto por los docentes, como por los alumnos y personal administrativo y auxiliar de esa escuela. También fue profesor en los Post títulos de nuestra Escuela de Teatro. Por su prestigio y reconocida trayectoria docente, fue elegido por sus pares como representante de los profesores en el Consejo Superior.

Sería un buen homenaje a Hugo volver a recrear la Escuela de Artes de la Comunicación como un aporte fundamental a la cultura del país, en la formación universitaria de directores de cine y televisión. Un reconocimiento de esta Universidad Católica, que le debe tanto, a quien le entregó lo mejor de su vida como académico y maestro.

Sí, actualmente son pocos los maestros y muchos los profesores. Hugo fue un maestro, lo dicen sus discípulos, ahora hombres y mujeres maduros, altos ejecutivos o directores y productores en los canales de televisión, que año a año se juntaban alrededor del maes-

tro en una comida de agradecimiento y camaradería a quien los formó; los mismos que un día de invierno de 1997 cogieron el féretro que guardaba a su maestro y, saliendo de la capilla del Campus Oriente, lo trasladaron a su última morada para que, posteriormente, sus cenizas reposaran en su parcela que tanto quería.

Escribo estas líneas en la Escuela de Teatro, mirando el patio por donde Hugo pasaba todos los días, a veces con un paso cansado y gibado, otras, a pasos rápidos y erguido siempre hasta el final, como un boy scout dispuesto a cumplir con su deber. Lo veo con sus diversas tenidas, de acuerdo a las estaciones del año, sus sombreros *very british indeed* y, en la primavera, su sombrero de *pita* que recordaba a un señor inglés jugando croquet.

Ahora está junto al Maestro de los maestros. Cumplió con todos los talentos que El le entregó, haciéndolos fructificar al ciento por uno, gozando de la Gloria que, como creyente y católico observante, aspiró.

Gracias, Hugo, por tu amistad. Espero reencontrarme contigo donde tú ya estás... Hasta ese día.

Paz Yrarrázaval Donoso
Profesora Escuela de Teatro U.C.



Vanessa Miller, Liliana Ross y Malú Gatica en *Agnes de Dios*. Dirección: Hugo Miller.